

Donna Leon

Una historia propia



Seix Barral



Seix Barral Los Tres Mundos

Donna Leon

Una historia propia

Traducción del inglés por
Maia Figueroa Evans

Título original: *Wandering Through Life*

© 2022 by Donna Leon and Diogenes Verlag AG, Zurich

All rights reserved

© por la traducción, Maia Figueroa Evans, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2023

ISBN: 978-84-322-4229-8

Depósito legal: B. 13.430-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

LA GRANJA NOLL

Mi abuelo materno, Joseph A. Noll, nació hace más de cien años en Núremberg, Alemania. Y ya está. Bueno, ya está si lo que queremos es más información relativa a sus orígenes. Mi otro abuelo, Alberto de León, nació en Sudamérica, aunque al parecer nunca mencionó en qué país. De hecho, no recuerdo haber oído a ninguno de mis dos abuelos hablar del lugar en el que nacieron. Es como si hubieran desembarcado, un alemán y un ciudadano de un país que ya había olvidado, y al poner un pie en tierra firme ya fueran estadounidenses.

Aunque el inglés no era la primera lengua de ninguno de los dos, nunca los oí decir ni una sola palabra en otros idiomas, y mi abuelo paterno era el único que tenía acento extranjero. El otro, mi abuelo alemán, había sido granjero en Alemania y, una vez en Clifton, Nueva Jersey, siguió siéndolo. Tenía catorce hectáreas de tierra y, cuando yo visitaba la granja de niña, no era el paraíso, sino el Paraíso con mayúsculas.

Para empezar, había unas cincuenta vacas, dos caballos de tiro de sangre fría que se llamaban Duke y Squire, el caballo de montar de mi primo, unas cuantas ocas más malas que la quina, un buen puñado de gallinas, unos cerdos y un par de patos que, según me dijeron, se habían detenido allí durante la migración, habían echado un vistazo y habían decidido quedarse.

Había también unos ocho jornaleros irlandeses que se ocupaban de cuidar de las vacas y ordeñarlas. Esos trabajadores, tal como aprendí con los años, eran itinerantes. Vivían en la granja, que estaba a menos de una hora de la ciudad de Nueva York, y trabajaban a diario con ahínco, siete días a la semana. Recibían un sueldo mensual, que cobraban al terminar el mes, y esa misma tarde desaparecían. Al cabo

de dos días, fuera el día de la semana que fuese, mi abuelo iba con la furgoneta a Nueva York y se dirigía al Bowery, un barrio conocido por sus bares, sus pensiones de mala muerte y sus burdeles. Se dice que iba a una esquina en concreto, donde encontraba a sus trabajadores muy desmejorados: algunos aún estaban borrachos, unos con aspecto de haberse peleado, otros con un zapato o una chaqueta o un diente de menos; todos sin un solo centavo y la mayoría en muy malas condiciones por culpa del alcohol.

Aun así, según mi tío Lawrence, que acompañaba a su padre en esa excursión mensual, saludaban a mi abuelo con una mezcla de gratitud y alivio y regresaban a la granja a trabajar. Durante todo un mes.

Mi hermano y yo íbamos a la granja a menudo, conocíamos a los jornaleros, y no cabe duda de que algunos de ellos nos trataban como a reyes. Muchos tenían esposa e hijos en Irlanda y unos pocos, hermanos y hermanas menores. Más tarde averigüé que, antes de contratarlos, mi abuelo les ponía una condición: tenían que entregarle el veinticinco por ciento del sueldo, y él se lo enviaba a sus familias.

Cuando yo tenía unos siete años, nos mudamos a una casa pequeña que había en la finca, donde vivimos durante un año, más o menos. Supongo que fue

allí donde me familiaricé con el olor de los montones de estiércol, que hoy en día todavía me resulta aromático en lugar de repugnante. También fui testigo de su efecto mágico: cuando llegaba el otoño, los trabajadores lo esparcían por la tierra y en verano se veía el resultado.

El hecho de vivir allí todo un año me permitió observar el ciclo de trabajo completo. Plantar maíz y trigo en primavera, retirar las malas hierbas a lo largo del verano, segar el trigo y cosechar el maíz en otoño.

El otoño también traía la matanza de los pavos para el Día de Acción de Gracias y, un mes más tarde, la de Navidad. Mi abuelo vendía los pavos, además de gallinas, leche, mantequilla, nata y, poco después de que yo cumpliera los diez, helado, ya que tuvo la valentía de diversificar el negocio y abrir un puesto de helados. ¿Acaso hay algo mejor que hacer con la leche de cincuenta vacas?

No obstante, el otoño también traía el horror de la matanza del cerdo. Para una niña de siete años, al menos ver un pollo sin cabeza corriendo como pollo sin cabeza tenía cierta gracia. Aunque ahora resulte grotesco, a mi hermano y a mí nos parecía maravilloso, tal vez por ser semejante alteración de la normalidad.

En cambio, lo de los cerdos era diferente. Todos los años, el sacrificado tenía nombre y lo conocíamos porque le habíamos dado las sobras de la comida, le habíamos rascado detrás de las orejas y nos habíamos reído en verano de cómo se revolcaba en el barro. Así que lo que vimos fue muy impactante, y ninguno de los dos volvió a estar presente después de la primera vez. Todavía me acuerdo de la sangre y de pensar durante más de una semana que mi abuelo era un monstruo.

El pobre hombre volvió a su estatus de monstruo durante otra semana cuando nos enteramos de que mandaba los terneros al matadero en lugar de, tal como nosotros habíamos decidido que debía de ser el caso, a crecer en otras granjas. Cabe señalar que el destino de los pavos, los pollos, los cerdos y los terneros no afectó de ningún modo a lo que a mi hermano y a mí nos gustaba comer. No había más que una vegetariana en la familia: Jean, la mujer de mi tío, que no solo no comía carne, sino que en cuestiones políticas estaba a la izquierda de toda la familia y, seguramente, a la izquierda de todo el estado de Nueva Jersey. Mi abuelo la llamaba «la Activista», pero me da la sensación de que ella era la persona con quien conversaba más tiempo y cuya opinión valoraba más.

Me acuerdo de cuando llegaba Sal, el herrador, que pasaba por allí cada dos o tres meses para cambiarles las herraduras a los caballos. Tenía una camioneta destartalada y, no sé cómo, pero había instalado una forja en la parte de atrás. En cuanto la aparcaba, prendía un fuego con madera y, poco a poco, iba añadiendo carbón. A medida que las brasas menguaban, pero aumentaban de temperatura, los jornaleros le llevaban los caballos que necesitasen herraduras nuevas, que podían ser los de la granja o alguno de los que pertenecían a vecinos de los alrededores y se alojaban en su establo.

Mi hermano y yo siempre teníamos que mantenernos al menos a una pata de caballo de distancia de la camioneta, por si acaso a alguno se le ocurría sacudirse las herraduras nuevas a coces. Pero eso no sucedía casi nunca: el vínculo entre Sal y los animales parecía casi mágico, una especie de balé biespecie. Les manipulaba las patas y los cascos como si formasen parte de su propio cuerpo, se las colocaba entre las rodillas, cubiertas con un delantal de cuero, y golpeaba, hacía palanca, lijaba, cortaba, escarbaba y limaba hasta que en el casco no quedaba rastro alguno de suciedad o de clavos, hasta que estaba del todo plano y no había ningún tipo de tejido sobrante en ninguna parte.

Tal como yo lo recuerdo, Sal sacaba la herradura nueva del fuego con unas pinzas, la batía con un martillo hasta dejarla de una llanura perfecta y después la metía a enfriar en un cubo de agua; sin embargo, los últimos años he visto a herradores en acción y no solo no había ni rastro del fuego, sino que he echado de menos el silbido aterrador cuando el hierro al rojo vivo se sumergía en el agua.

Hace algunos años, unos arqueólogos descubrieron un par de «hiposandalias» en el norte de Gran Bretaña; eran una especie de zapatillas de metal que se ataban a los cascos en lugar de clavarlas. Viendo la foto, me dio la sensación de que podrían haber sido un par de candelabros ornamentados, pero si los arqueólogos dicen que son zapatillas para caballos, me lo creo. Me gusta pensar, con el recuerdo de cómo herraba Sal aún fresco en la memoria, que entre esos caballos y los hombres que les ataban esas zapatillas tan elegantes existía el mismo vínculo.

Al final, mi abuelo tuvo que renunciar a la granja y vendérsela, maldito sea el día, a un promotor que derribó la casa de piedra y los graneros y construyó unas viviendas modernas muy poco interesantes. En el centro del prado que había delante de la casa, desde siglos antes de que mi abuelo la construyese, crecía

una enorme haya roja. Para mi hermano y para mí y también para mis veintinueve primos, el árbol era un escondite, un sitio por el que trepar y sentarse a pensar o a estar juntos. Sobrevivió a la construcción de las viviendas y continuó intacta hasta al menos los años setenta, que fue la última vez que pasé por allí de camino a Nueva York. No he vuelto desde entonces porque no quiero que no esté en su sitio.